

allí con los ojos cerrados mientras durara la lucha de los gladiadores. Mas llega á escitar su curiosidad la algazara del pueblo entre estrepitosos aplausos, abre los ojos, y la vista de la sangre hincha su corazón con tal deleite, que ya no puede apartar su vista de la víctima: se embriaga de placer su alma, y se muestra impaciente por saborear los furores del circo. «Ya no era el hombre llevado allí por fuerza, sino uno que formaba número de la loca muchedumbre, conmovido por las apuestas, por el clamoreo, ciego de alegría, como los que le rodeaban, y deseoso de volver á gozar los furores del circo.» Así triunfaba la costumbre de las más firmes resoluciones.

Desplegaba la idolatría toda la solemnidad de un culto público en las fiestas nacionales é imperiales: el cristianismo no ofrecía más que una austeridad humilde é indigente. Remontándose el politeísmo á los primeros tiempos de la historia nacional, deificaba á los fundadores y á los legisladores del pueblo y se les derrocaba de los altares para sustituirles el hijo de un artesano, muerto en el patíbulo! Veía la muchedumbre en el culto de la patria el de la gloria; y así la piedad se confundía con el patriotismo. ¿Cómo habían, pues, de ser acogidos los que predicaban la condenación eterna de los hombres más queridos y venerados, de los grandes filósofos, de los grandes monarcas?

¿Y quienes eran los que llegaban á minar creencias tan antiguas como el mundo y tan divulgadas como todo el género humano? ¿Acaso griegos ó indios? Aun estimándolos, estaba acostumbrado el mundo á reírse de los filósofos cínicos y de algunos gimnosofistas; esta vez los predicadores eran individuos de aquella raza judía, atea ó panteísta (24) renombrada por su credulidad, nacida para la esclavitud, blanco de la burla de todos por la singularidad de sus costumbres y por sus abstinencias. Su maestro no había empuñado, á semejanza de los demás autores de religiones, el cetro ó la espada, ni aun siquiera la pluma ó la lira. Sus discípulos no eran más que una turba de hombres pobres, arrancados al remo ó á las herramientas de su oficio (25), rodeándose de mancebos sin experiencia ó de ancianos de espíritu debilitado, para contar absurdos; prohibiendo discutir los motivos de la adoración y de la creencia, proclamando que es un mal la sabiduría del mundo, y un bien la locura: *Vuestro patrimonio es la ignorancia*, les decía Juliano, *toda vuestra sabiduría consiste en repetir estúpidamente; yo creo.*

Llamada era, pues, la religión de Cristo por los

(24) Diodoro (*fragmen.*) dice que los judíos consideraban como único dios supremo, el cielo ó el universo; Estrabon que adoraban como única divinidad el cielo, el mundo y la naturaleza de los seres: οὐρανὸν καὶ κόσμον καὶ τῶν ὄντων φύσιν.

(25) Ὀχλὸς ἀπιδόσοφος. *Ab indoctis hominibus scripta sunt res vestrae.* ARNOBIO, I, 39.

latinos, *insania, amentia, dementia, stultitia, furiosa opinio, furoris insipientia.* Repugnaba al orgullo tener nada de comun con una raza abyecta, con artesanos y esclavos; parecían ridículos á los doctos los misterios, cuya sublimidad no se comprende sino por la gracia. Un dios haciéndose hombre, un ajusticiado resucitando, parecían necedades. La pobreza y los suplicios de los Apóstoles suministraban un poderoso argumento contra la debilidad del fundador, en una sociedad que no consultaba más que el resultado del momento, y para la cual todo tenía su conclusion en este mundo. Exagerando después y falsificando según les convenía, pretendían los adversarios de los nazarenos que adoraban el sol, una cruz, un cordero, una cabeza de burro (26); y el vulgo, siempre muy numeroso, se reía á su costa y los tenía por más estúpidos que perversos.

Pero también se les acusaba de perversidad: obligados como estaban á celebrar secretamente sus juntas, suministraban con esto los cristianos un pretexto para las acusaciones, que de ordinario van dirigidas á todo lo misterioso, y se interpretaban los ritos en el sentido más siniestro. Se supone que las sóbrias agapas son festines en que se entregan á todos los excesos de la intemperancia; que ultrajan al pudor y á la naturaleza en el silencio de las catacumbas; que se presenta al neófito un niño cubierto de harina, y lo traspasa sin saber lo que hace, recogiendo la sangre en cálices que pasan de mano en mano, y comiéndose la carne de la víctima. Se trata de personas indolentes á aquellos que hacen dimisión de sus magistraturas, por no poder seguir desempeñándolas sin tributar homenaje á los dioses: los milagros son sortilegios, la constancia de los mártires es resultado de los maleficios; y los cristianos, por que no tienen templos ni sacrificios, son proclamados ateos (27).

¿Y cuál era la moral que enseñaban aquellos hombres perversos? La más pura y austera que ha existido nunca. Predican la pobreza á un mundo idólatra de la opulencia, la humildad en el siglo del orgullo, la castidad en medio de una disolución desenfrenada. Personas que para echar en olvido tantos males se habían engolfado en el deleite sin sospechar siquiera que así podían ofender á los dioses, no solo oían vedar los placeres de la carne, sino también condenar hasta el simple deseo; prohibición de fornicar hasta con los esclavos: prohibición de vengarse, cuando poco antes era un deber, una religión la venganza: prohibición

(26) Minucio Félix hace decir á Cecilio: *Audis eos turpissimam pecudis caput asini consecratum, inepta nescio qua persuasione, venerari.*

(27) Ἄρει τοὺς θεοῦς. Tal era el grito que se lanzaba contra ellos en tiempo de Adriano.

En el diálogo de Minucio Félix, el interlocutor gentil esclama: *Cur nullas aras habent? templa nulla? nulla nota simulacra? Unde autem, vel quis ille, aut ubi, Deus unicuique, solitarius, destitutus?*

de recrearse en el fausto. Oían decir de continuo: ¡Bienaventurados los que padecen! ¡Bienaventurados los de corazón humilde! ¡Anatema contra los afeminados, contra los adúlteros, contra los sodomitas! ¿A cuántas personas no debía apartar también del cristianismo aquella guerra á las pasiones, aquel freno puesto á las inclinaciones naturales?

También le oponían un inmenso obstáculo los judíos. Aquel pueblo elegido de Dios, que favorecido por milagros evidentes había levantado la cabeza tras enormes desastres, y se había librado milagrosamente de la destrucción en medio de un mundo enemigo, después de haberse nutrido con las promesas de los patriarcas y de los profetas, se veía de súbito defraudado en sus esperanzas; y además aquellas esperanzas se convertían en base de una nueva fe proclamada por uno de ellos; pero le habían negado y perseguido; le habían condenado á muerte.

Si al principio se había abrigado la iglesia á la sombra de la sinagoga, esto duró poco tiempo, pues en breve declaró el imperio una guerra de exterminio á los judíos, que de todas partes se sublevaron contra el yugo extranjero; y se halló envuelto el cristianismo en el odio y en la persecución de que eran blanco.

Conviene agregar á esto las heregias que llegaron á perturbar desde muy luego la unidad de la fe y la pureza de la moral. Incapaces los paganos de distinguir en medio de sutilezas, la línea á veces casi imperceptible que separaba lo verdadero de lo falso, ridiculizaron aquellas obstinadas cuestiones sobre lo que llamaban necedades sin resultado; parecióles la doctrina católica un manantial de pueriles disputas; y si los hereges se abandonaban á los desórdenes y á los vicios reprobados por la Iglesia, á ella acusaban los gentiles, quienes confundían en un odio comun la verdad y el error, bajo el nombre de cristianismo.

**Simon Mago.**—Parecía que hasta el infierno desencadenaba sus potestades todas, multiplicando los energúmenos y secundando prestigios atestiguados por los mismos cristianos. Un samaritano, llamado Simon, había adquirido gran celebridad en su patria combatiendo á Moisés y á los profetas: sus discusiones eran consecuencia de la antigua rivalidad de las dos razas, que componían el pueblo hebreo. Habiendo oído á Felipe predicar en Samaria, donde convertía á multitud de personas, supuso que aquello era efecto de algun encantamiento por su parte, y se introdujo en el número de los neófitos, fingiendo haberse convertido á fin de arrancarle el modo de operar prodigios. No podía ofrecerle la nueva religión ningún procedimiento misterioso; pero persuadido de que los cristianos reservaban aquel conocimiento para los prosélitos de un grado superior, procuró tentar á San Pedro (28) ofreciéndole dinero, si quería concederle

la facultad de conferir el Espíritu Santo por la imposición de las manos.

Rechazado severamente por San Pedro, se separó de la Iglesia y tornó á su primera vida. A semejanza de los orientales y algunos judíos especulativos, que personificaban la idea primitiva del universo, pretendió levantar un dios contra otro, y se proclamó él mismo como una manifestación divina. Decía que para bajar á la tierra había pasado por diferentes cielos, trasformándose en las diversas inteligencias que los habitan; que aquí abajo había tomado la forma humana; que se había presentado en Jerusalem donde solo se le había crucificado en apariencia; en fin, á darle crédito, era la palabra de Dios, su belleza, el paracleto, el omnipotente, todo lo que existe en Dios (29). Para formar una de aquellas parejas tan comunes en las regiones orientales, como la de Isis y Osiris, por ejemplo, se había asociado una mujer; era, según su dicho, la primera inteligencia de Dios (ἐνωτα), por cuyo mérito había concebido el Padre el pensamiento de criar á los ángeles. Descendida más abajo, ella los había engendrado, sin comunicarles noción ninguna del Padre. Enseguida criaron los ángeles las cosas terrestres, y temerosos de que su origen fuera descubierto, retuvieron consigo la inteligencia, sometiéndola á mil padecimientos en sus transmigraciones de cuerpo á cuerpo.

Esta hubiera sido una manera singular de explicar el gran enigma del gobierno del mundo, sin recurrir á la dualidad del principio supremo, si el innovador no hubiera pretendido que el primer pensamiento de Dios se hallara encarnado en una esclava tiria llamada Elena, tan disoluta como hermosa, y tipo de la degradación. Simon contaba las diferentes metamorfosis de aquella mujer, especialmente en aquella Elena, que produjo la ruina de Troya, hasta el momento en que según decía, se sintió destinada á rescatar en la prostituta de Tiro la última metamorfosis de la verdad caída, para hacerla digna de volver á subir á las esferas de donde había bajado, y de entrar nuevamente en el seno del supremo Padre.

Con auxilio de esta mezcla de ideas platónicas, evangélicas y cabalísticas, se aplicaba a apartar los espíritus del Cristo verdadero, y seducía á muchas gentes corriendo de provincia en provincia. También escribió muchas obras, de las cuales ninguna ha llegado hasta nosotros, si bien tenía por principal objeto combatir la divinidad de Jesucristo, suponiendo que Dios, origen y causa de cuanto existe, se manifiesta ante cualquiera que sabe buscarle, y que Jehová, Cristo y el Espíritu Santo, no son más que virtudes del mismo Dios.

dades eclesiásticas, y aun los bienes y poderes inherentes á ellas, son llamados *simoniacos*; y esta palabra escrita en la historia con letras de sangre, designa la primera heregia que apareció y la última en desaparecer.

(29) JUSTINO, *Apología*.—EUSEBIO, *Historia eclesiástica*.—*Actos de los Apóstoles*.—SAN IRENEO.—SAN EPIFANIO, etc.

(28) Desde entonces los que venden ó compran digni-

Así como los magos de un Faraon oponían prodigios á los que operaba Moisés, Simon oponía prestigios á los milagros de los Apóstoles, vanagloriándose de volar por los aires, de hacerse invisible á su antojo, de convertir las piedras en panes, de pasar á través de las montañas. Cuéntase que hizo el viaje á Roma en tiempo de Claudio (30), y que, habiendo ensayado allí á tomar vuelo en el espacio, cayó pesadamente y se reventó en la caída.

**Apolonio de Tiane.**— Otro artífice de prodigios, (1.º de C.) Apolonio de Tiana en Capadocia, después de haber estudiado en las principales escuelas de Asia, y especialmente en medio de los pitagóricos, quiso fundar su doctrina en la antigua tradición itálica, así como las doctrinas cristianas se ingertaban en las de Platon. Habiendo abandonado á su familia cuanto poseía para consagrarse exclusivamente al estudio de la sabiduría, moró largo tiempo en el templo de Esculapio en Cilicia, ocupándose en curar enfermos: se esforzó por volver al camino del bien á un hermano extraviado, luego se dedicó completamente á la filosofía, hacia la cual le arrastraba su espíritu irresistiblemente.

A estilo de los pitagóricos se impone un silencio de cinco años, y no lo rompe sino en medio de una sedición popular donde es llamado á poner freno á la muchedumbre: se limita á hacer una señal al pueblo para que se sosiegue: oye sus quejas y después la justificación de los magistrados: entonces indica con un gesto que de parte de estos últimos está la justicia, y el pueblo se apacigua ante aquella decisión muda.

Se encamina también á la fuente del idealismo, á Nínive, en medio de los magos de Babilonia: pasa veinte meses en la corte de los partos, donde aprende el grande idioma de los animales. Como se le presentase la imagen del rey para que la adorara, dijo: *Ya sería mucho si el que os gobierna merece que yo le estime y le alabe.* Platica en la India con los bramínes, luego regresa á la Jonia, predicando el culto de las ideas, de la inteligencia, del idealismo puro. Allí le sigue un tropel de gentes; abandonan sus talleres los artesanos para arrastrarse en pos de su huella; repiten los oráculos sus alabanzas; le envían las ciudades embajadores para ofrecerle su hospitalidad ó reclamar sus consejos: se le erigen estatuas y altares, atribuyéndole un poder sobrenatural.

Inspira en Efeso, ciudad totalmente consagrada á las danzas, á los conciertos, á las vanidades, afición hacia la filosofía, y exhorta á sus moradores á

(30) Cuenta San Justino que se había ilustrado en aquella ciudad por sus milagros, hasta el punto de erigirle en la isla del Tíber una estatua con la inscripción siguiente: *A Simon, Dios Santo.* Pero San Justino se engañó con estas palabras: *SEMONI SANCTO DEO FIDIO SACRUM*, que se han hallado efectivamente en un sitio retirado del Tíber, y se refieren á una de las antiguas divinidades de Italia.

hacer comunidad de bienes. En el momento en que peroraba sobre este punto, abatiendo un ave su vuelo se aproxima á otras aves como para contarles alguna cosa, y todas remontan su vuelo en bandada. Apolonio, que ha fingido prestar oído á sus gorgeos, dice á sus oyentes que aquella ave ha llegado á anunciar á las demás que un mancebo se había caído en cierto parage, quedando desparado el grano que conducía, y las invitaba á recogerlo. Habiéndose apresurado los efesios á correr para cerciorarse del hecho, reconocieron su cabal exactitud, y concibieron la más alta idea de Apolonio, quien continuó exhortándoles á hacer comunidad de bienes á ejemplo de aquellos animalitos.

También les predijo que se declararía entre ellos la peste, y la hizo ceder tan luego como hubo estallado. ¿Cabía en lo posible dudar de su divinidad después de esto? No habiendo querido el jerofoante admitirle en Atenas á los grandes misterios, le dijo Apolonio: *No serás tú el que me inicies, sino tu sucesor*, y en efecto cuatro años después fué admitido. Hizo el viaje á Roma, donde Neron, enemigo de los filósofos, acababa de encarcelar á Musonio, quien apenas cedía en saber á Apolonio. Los discípulos de éste que temían le cupiera una suerte semejante, le dejaron solo; pero dió tan buena cuenta de sí propio al cónsul y á Tigelino, que le permitieron residir en la ciudad y alojarse en los templos, como era costumbre. Viajó por Siria y Egipto, donde dió consejos sobre el arte de bien gobernar á Vespasiano, que acababa de ser ascendido al imperio. En Etiopía le opusieron los sacerdotes sus quejas sobre haber visitado primeramente á los indios, que les eran tan inferiores en cultura.

El carácter de este nuevo Zoroastro, regenerador del paganismo, está más en armonía con el tiempo en que fué escrita su historia que con aquel en que se supone que viviera. Independientemente de sus predicaciones sobre la vida humana y sobre la inteligencia de las cosas, explicaba la razón misteriosa de las sacras efigies y de sus atributos, el modo con que debían hacerse, y en qué momentos las libaciones y los sacrificios. Reprimió las obscenidades de las bacanales, hizo renunciar á los atenienses á los juegos de los gladiadores: reconvinó á los alejandrinos por su excesiva afición á las carreras de carros. Además espulsaba los demonios, y predicaba lo venidero. A propósito del istmo de Corinto había dicho: *Esta lengua de tierra será cortada y no lo será*, y pareció haber profetizado cuando Neron probó á ejecutar aquella travesía é interrumpió el trabajo. Otra vez anunció que sucedería una cosa y no sucedería, y se pretendió que había querido hablar del rayo que cayó cerca de Neron sin causarle más daño que hacer que se le cayera una copa de la mano.

Acusado ante Domiciano por un griego, se presentó en Roma para justificarse, y estuvo el mismo día en Pozzuolo y en Efeso. Se hallaba en esta última ciudad en el momento en que Domiciano

era inmolado en Roma, y arengaba á la muchedumbre, cuando suspendiendo su discurso como si su atención se hubiera fijado en otra cosa, *hiere*, dijo, *hiere*; dirigiéndose después á sus atónitos oyentes, añadió: *Ya no existe el tirano* (31).

Apenas fué elevado al imperio Nerva, que le profesaba amistoso afecto, le llamó á su lado; pero se escusó y le dirigió buenos consejos enviándole Damis su discípulo. Enseguida desapareció y no se le encontró más vivo ni muerto. Erigióronle un templo los habitantes de Tiane; en otros templos fué colocada su estatua. Adriano recogió sus epístolas; Caracalla le tributó honores divinos: tenía el emperador Alejandro cerca de sí su imagen entre las de Abraham y Jesucristo. Aureliano fingió ceder, por una vision, del pensamiento de destruir á Tiane. Haya existido Apolonio realmente, ó sea un personaje supuesto por los sectarios de las doctrinas que llevan su nombre, es lo cierto que se creía en él. Fácil es comprender que semejantes locuras habían de dañar mucho al cristianismo, pues ellas apartaban del conocimiento del verdadero Dios á los que las creían, á la par que los que las rechazaban, las consideraban como las verdades del Evangelio y los milagros de los santos, á quienes trataban de magos y de charlatanes.

En efecto, estos últimos se multiplicaron entonces desmesuradamente. Imbuídos de devoción hacia los nombres de Apolonio y de Pitágoras, enseñaban que una infinidad de genios, partícipes de la naturaleza divina en diferentes grados, ocupaban el intervalo entre el hombre y Dios, y que el hombre podía celebrar pactos con ellos por medio de

(31) En 1838 un francés llamado Michel vió desde Paris, donde se encontraba, la toma de Constantina, y caer el general Damremont, herido de muerte. Este es uno de los numerosos milagros del magnetismo, que el siglo de las doctrinas positivas opone á los de los siglos de la ignorancia.

Su vida está escrita por Filostrato. Sin embargo, si se reflexiona que un personaje tan públicamente maravilloso, á quien se supone que era deudora del imperio la familia de los Flavios, no se halla jamás nombrado en aquella época, sino solo cien años después de Luciano y de Apuleyo, se inclina uno á reputarle como un personaje de invención. Si por otra parte se presta atención al esmero con que Filostrato ha aderezado ciertas analogías, como el nacimiento de Apolonio, anunciado por Proteo, encarnación suya, los milagros que acompañaron á su nacimiento y á su vida, por último su ascension al cielo, parece muy probable que se propuso parodiar en él á Jesucristo. Bajo este aspecto es defendido por MEINERS, *Gesch. der Wissenschaften in Griechenland und Rom.*, tomo I, p. 158, y por TIEDEMANN, *Geist der speculat. Philosophie*, tomo III, 116. Vopisco quería también componer una vida de Apolonio. «Sabio de gran nombradía, verdadero amigo de los dioses, dice, y digno de ser contado entre ellos;» luego añade: «¿Vivió jamás entre los hombres personaje más santo, más respetable, más divino? Restituyó la vida á los muertos, dijo é hizo cosas superiores á las fuerzas naturales.» *Hist. Augusta.*

ciertas ceremonias, de ayunos y de purificaciones. El pueblo les temía y les pagaba; también les prestaban asenso los magnates, y no solo Caracalla, sino hasta Marco Aurelio, que estaba rodeado por ellos. Ahora bien, la malignidad les confundía á menudo con los cristianos, quienes realmente miraban con horror todas sus prácticas.

**Obstáculos públicos.**—La más grave imputación dirigida contra los cristianos era la de aborrecer al género humano, lo cual significaba para la vanidad romana aborrecer al imperio (32). Dando Mecenas consejos á Augusto sobre el modo de gobernar le había dicho:—«Honra siempre y donde quiera á la divinidad, según las leyes y los usos de nuestros antepasados, y obliga á los demás á proceder de la misma manera. *Detesta y castiga* á los que introduzcan en el culto alguna cosa estraña, no solo por consideración á los dioses, sino porque semejantes innovadores arrastran á muchos ciudadanos á alterar los usos nacionales, lo cual produce conjuraciones, inteligencias, asociaciones peligrosas. (33) Estaban espresamente prohibidas las asambleas hasta cuando tenían un motivo de utilidad pública, y con doble razón cuando se proponían un objeto religioso. Los jurisconsultos, *custodios de las cosas divinas y humanas*, declaraban que el antiguo culto debía conservarse á toda costa, y Domicio Ulpiano reunió todas las leyes que se habían promulgado sobre este punto (34). En aquel grande amor á la legalidad, carácter distintivo de los romanos, bastaba observar las constituciones para hacer la guerra á los cristianos; y la frase constante de Juliano el Apóstata era la que se ha repetido de tantos modos, y todavía se repite, *nada de innovaciones.*

Era en un todo nacional la religion de los latinos, y se idénticaba hasta cierto punto con las instituciones de la república. Roma, ciudad santa, se envanecía de traer su origen de los dioses, y consideraba la conservación del imperio como enlazada á siete cosas (tomo II, pág. 53); los libros sibílicos contenían los oráculos que enseñaban los medios de salvación en las circunstancias graves; no se celebra-

(32) GRUNER.—*De odio humani generis Christianis a Romanis objecto.* Coburgo, 1755.—*Genus humanum*, en este sentido está consagrado por Tácito. Pison dice: *Galbam consensus generis humani, me Galba Casarem dixit.* *Hist.*, I. Por eso Tito fué llamado *delicia del género humano.*

(33) DION, libro LII, 36. Las palabras son precisas. *ἀνθρώπων... τοὺς δὲ δὴ ξενίζοντας... μίσει καὶ κόλασι.* Esto es muy digno de atención para los que encomian la tolerancia religiosa de los antiguos, olvidando las matanzas de Cambises, los templos incendiados por Jerjes, los procesos contra Protágoras, Diágoras, Sócrates, Anaxágoras, etc., por no decir nada de los egipcios. Hasta Platon y Ciceron en sus repúblicas imaginarias entienden no tolerar los cultos extranjeros.

(34) *Domitius Ulpianus rescripta principum nefaria collegit, ut doceret quibus penis affici oportet eos qui se cultores Dei confitentur.* LACTANCIO, *Inst.*, V, 2.

ninguna asamblea sin haber tomado los auspicios; nunca se declaraba la guerra ni se concluía la paz sin la mediación de los feales; no se podía nombrar á un emperador ó á un cónsul sin recurrir á los sacrificios; reuníanse las poblaciones confederadas para solemnidades comunes; y llevando las teorías cada año á la madre patria el homenaje de las colonias remotas mantenían los vínculos que las unían á ella. Atentar á la religion equivalía á querer atentar al Estado, era declararse enemigo del género humano.

Augusto al fundar el imperio habia reconocido la necesidad de despertar las antiguas ideas religiosas, «de restaurar los templos y los simulacros vacilantes de los dioses» (35), para restablecer la armonía entre la religion y las instituciones. En testimonio de alianza reunió el supremo pontificado al poder imperial, y colocó dentro del Senado el altar de la Victoria. Entonces aquellas voces, que en la Roma republicana invitaban orgullosamente á los ciudadanos á desterrar todo miedo de los dioses y de la vida futura, dejaron de oírse, y nunca se multiplicaron tanto sacrificios, inscripciones votivas y templos, como en los primeros años del imperio: luego como si no hubiera bastado con las divinidades nacionales y con las de la Grecia, se engertaron, por decirlo así, otras nuevas en un carcomido tronco, ya la Isis egipciaca, ya el Mitras persa. Así suplía la habilidad política á la falta de creencia (36).

Si el politeísmo de los romanos, conforme con la índole de sus instituciones, adoptaba fácilmente los dioses extranjeros, poco importaba á la fe que las divinidades ascendieran al número de veinte ó doscientos. Si era un medio político de asimilarse los vencidos adoptar sus creencias, no se podía ciertamente proceder del mismo modo con una religion que escluíra todas las demás, que se llamaba universal, y destinada á edificar su templo con los escombros de los templos enemigos (37).

(35) HORACIO.

(36) Hablamos aquí más particularmente de Roma, porque la Grecia, privada de independencia política hacia mucho tiempo, sintió menos el efecto producido en las instituciones civiles por el cambio de principios religiosos.

(37) La Academia de Inscripciones de Francia, propuso para el certamen de 1830, la cuestion siguiente: «Bosquejar la historia de la decadencia y de la destruccion del paganismo en las provincias del imperio de Occidente, á contar desde el tiempo de Constantino; recoger en cuanto sea posible con ayuda de escritores paganos y cristianos, monumentos é inscripciones, todo lo que concierna á la resistencia opuesta al cristianismo por los paganos, principalmente por los de Italia y de Roma; emplear en fin grande esmero en determinar la época en que cesó el Occidente de invocar nominalmente á las divinidades de Grecia y de Roma.»

Todos los historiadores han hablado incidentalmente de aquella revolucion importante, pero ninguno ha tratado la cuestion de una manera especial. Los alemanes, cuya literatura es tan rica en investigaciones históricas y críticas, han

Pero los nuevos sectarios habian aprendido de Cristo, su maestro, á respetar las potestades del siglo: bajo emperadores que deshonoraban á la naturaleza, sus doctores les exhortaban á la docilidad, indispensable en una sociedad, que todavia compuesta de pocos miembros, es insuficiente para representar un voto nacional y cambiar una constitucion. San Victor responde al prefecto que le interroga: *Nada he hecho contra el honor ó los intereses del emperador ni de la república: no he rehusado defenderla siempre que el deber me lo imponia: todos los dias ofrezco el sacrificio por la salvacion de César y del imperio, todos los dias inmolo á mi Dios en favor de la república víctimas espirituales.*

Otro de los méritos del cristianismo consiste en haber colocado la religion á tal altura, que prescinde de la parte accidental y variable de la sociedad, para fijarse en lo que tiene de esencial y permanente; lo cual permite al hombre, bajo cualquier gobierno ó clima, buscar la perfeccion y ganar el cielo. A las órdenes de príncipes crueles y libertinos no se rebela contra la sociedad de cuyos pecados huye: se somete sin procurar su trastorno, si bien su enmienda. Sin desprenderse del siglo combate sus vicios.

De aquí resultó que los cristianos, ignorados ó tolerados en un principio, aumentaron de tal modo el número de sus prosélitos, que los príncipes y los magistrados hubieron de otorgarles tímidas concesiones que no hubiera podido negar la legalidad mas rígida respecto de una opinion que se hacia cada vez más fuerte.

Pero los dueños de esclavos se apercebían del cambio que se operaba en la sociedad, no en las filas elevadas, sino en las inferiores. Entonces algunos sofistas se pusieron á argumentar sobre sus creencias: por otra parte veían los sacerdotes paganos aclararse la muchedumbre en los templos y disminuir las ofrendas. Hubo, pues, necesidad de abrir los ojos, y se observó el fenómeno nuevo de una sociedad que nacida ayer, llenaba ya el foro, los tribunales, las legiones: sin armas, sin defensa, sin miedo á los suplicios y á la muerte, se negaba á obedecer órdenes al parecer tan sencillas como las de quemar un grano de incienso sobre el altar

reunido una porcion de hechos, de anécdotas y de observaciones. Especialmente el profesor Tzchirner de Leipzig, que ha terminado la Historia eclesiástica de Schröck, publicó una obra titulada *Der Fall des Heidenthums (Caída del paganismo)*. Leipzig, 1829).

Podía, pues, considerarse como intacto el asunto cuando Beugnot, respondiendo á la cuestion suscitada en el certamen, obtuvo el premio académico. Su libro se titula: *Historia de la decadencia del paganismo en Occidente*. Paris, 1853; 2 tomos en 8.º. Aunque muchas de las opiniones profesadas en esta obra no puedan obtener la aprobacion de un católico y estén en contradiccion con la historia, se sigue en ella bien la lucha entre el cristianismo y la idolatria, entre la religion del pasado y del porvenir.

de un dios ó de un emperador. ¿Cuánto no debía escitar aquella desobediencia la indignacion de los romanos, gentes de legalidad, para quienes era delito oponerse á un decreto, cualquiera que fuese? Bien sabian los hombres de Estado que no podia prosperar Roma, desprovista de moralidad y abandonada á las bacanales de la fuerza: pero no ignoraban que en el cadáver de un gran Estado aun mantienen la vida galvánica las antiguas instituciones, dado que la aristocracia recuerda lo que ha sido, el ejército está amoldado á cierta disciplina, el pueblo se halla habituado á una administracion cualquiera, y se reconcentran en el príncipe la opinion y la fuerza. De aquí aquella obstinada adhesion á las antiguas formas propias en general de los gobiernos más débiles en el fondo: de aquí aquel odio de los hombres políticos de Roma contra el cristianismo.

Sacaban su fuerza las instituciones romanas del espíritu de familia, base sobre la que se habia elevado la gran ciudad, y de la veneracion hácia los antepasados, consecuencia natural de aquel espíritu de familia. Ahora bien, el cristianismo llegaba á debilitar éste, poniendo en pugna al padre con sus hijos, al hermano con sus hermanos; llegaba á destruir la veneracion á los mayores ofreciendo asunto de respeto en otras glorias y otras virtudes. Cuando apoyada Roma en la cuchilla concedía el título de héroe al que habia esterminado mayor número de hombres, cifraba su grandeza en arrebatar la independencia á muchos pueblos, y consideraba la guerra como único medio de adquirir gloria y poderío, la conquista como su único objeto, entonces penetraban los cristianos dentro de sus muros para predicar la paz, la justicia, la fraternidad, es decir, para condenar toda la república romana, tanto antigua como moderna. Trataban de impostores y de demonios á los dioses bajo cuyos auspicios se habia levantado la ciudad reina y su gran Capitolio: segregados los espíritus de los ciudadanos del amor de la patria terrestre, se encaminaban á una patria invisible, de que todos los hombres eran ciudadanos, hasta los vencidos, hasta el bárbaro y el esclavo. Negar obediencia á la ley equivalía á amenazar un orden de cosas en que la aristocracia podia defender aun sus antiguos privilegios; pro-

nunciarse abiertamente contra los templos, los pontífices, los emblemas, los sacrificios, destruía todo el aparato bajo el cual se disfrazaba el vacío que habia dejado la desercion de la fe.

Eran, pues, enemigos públicos los cristianos; no bastaba que los judíos hubieran ya acusado á Cristo de querer hacerse rey, y denunciado á Pablo como parcial de otro soberano que César, pues los mismos cristianos se declaraban delincuentes proclamando un reinado futuro de Jesucristo y la destruccion de la impia Babilonia. Rehusaban tributar homenaje, incienso y el título de señor al emperador, personificacion del poder senatorial, de la autoridad pontifical, de los recuerdos nacionales, de la sociedad entera en suma: no querían jurar por su genio, ni unirse á los que dirigían por el votos públicos á los dioses. ¿Cómo no habia de aborrecerles todo buen ciudadano? ¿No estaba aquel gobierno en el deber de encarnizarse contra aquella supersticion nueva?

En la misma época caían nuevos desastres sobre el imperio, y los cristianos repetían que eran avisos del cielo; que Roma y el mundo abismados en un mar de vicios merecían aquellos castigos y todavia otros mayores. Bramaban de cólera los gentiles al oírles proclamar la necesidad de aquellas plagas; el hombre político se afirmaba en la idea de que el Estado tenia en ellos otros tantos enemigos: las gentes religiosas imaginaban que escitaban con sus blasfemias la ira de los dioses, que solícitos hasta entonces por la grandeza de Roma, la dejaban á la sazón desmoronarse en ruinas. Para conjurar su destruccion y aplacar el furor de los dioses convenia, pues, sacrificar á los innovadores; y el cristiano, solo en razon de su nombre, debía ser considerado como *enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las costumbres, de la naturaleza entera* (38).

(38) TERTULIANO, *Apolog.*, I. Tenemos una sentencia contra muchos cristianos, cuyo tenor es el siguiente. «En atencion á que Esperato, Citino etc., confiesan ser cristianos y rehusan tributar homenaje y respeto al emperador, ordenamos que sean decapitados.» BARONIO, *ad ann.* 202, § 4.º.